

CAPITULO CLXIX.

Causas que motivaron el alzamiento de Flandes. — Gobierno de la princesa Margarita y del duque de Alba.

Bien considerado, todas las rebeliones, todos los disturbios, todas las guerras interiores y exteriores que gastaban las fuerzas y consumían los tesoros de España en el reinado de Felipe II, nacieron de dos principales causas, de la cuestión religiosa y de la intolerancia política del rey. Tranquilos y quietos habían permanecido los Países Bajos bajo la larga dominación de Carlos V, si se exceptúa el pequeño motín de Gante, casi instantáneamente sofocado. Aun con las pocas simpatías que el carácter de Felipe II había inspirado á los flamencos, ellos le ayudaron gustosos á terminar la guerra de Francia, y no se notaron síntomas de verdadera inquietud en Flandes hasta que Felipe aumentó en aquellas provincias catorce nuevos obispos, renovó los terribles edictos imperiales contra los herejes, quiso establecer allí la Inquisición como la de España, y atentó á los privilegios y franquicias con que hasta entónces los flamencos se habían regido, y de cuya conservación eran en extremo celosos.

Añadamos á las anteriores causas expuestas por un historiador moderno, con el cual nos hallamos completamente de acuerdo, el odio de los flamencos al cardenal Granvela, su disgusto por la permanencia de las tropas españolas en el país más tiempo del ofrecido y estipulado, y la ambición y descontento de algunos nobles que esperaban obtener la regencia para que fué nombrada la princesa Margarita, y se tendrán en breve resumen manifestados los motivos que impulsaron á levantarse en armas á un pueblo de instintos pacíficos, tardo en recurrir á la fuerza para obtener satisfacción de sus agravios, pero tenaz y rebelde una vez lanzado á la pelea.

Por otra parte, si la conducta de Felipe II fué en todas ocasiones nebulosa y doble, estas dos cualidades resaltaron mucho más en la que empleó respecto á los asuntos de Flandes.

Cuando la Princesa gobernadora, dice un historiador, y transcribimos sus frases para que las nuestras no se juzguen apasionadas, «ponía en conocimiento del Rey que el descontento y disgusto de los flamencos iba tomando un carácter alarmante y amenazaba una terrible explosión; cuando los nobles y próceres del país le representaban por escrito y de palabra la agitación de los espíritus, y le señalaban reverentemente los medios que convendría emplear para sosegarlos; Felipe II, ó difería largos meses la respuesta, ó daba una contestación ambigua ó se contentaba con decir á la Gobernadora que castigara á los herejes sin conmiseración.

Tan incalificable conducta, unida á los procedimientos de la Inquisición, llevaron á un alto grado la exasperación de los flamencos, y dieron margen al primer acto importante de los rebeldes, al *compromiso de Breda*, realizado por una multitud de jóvenes de la nobleza, juramentados para rechazar con las armas la Inquisición y los edictos.

Dado el primer paso en este camino, los siguientes debían sucederse con mayor rapidez y facilidad. Al compromiso de Breda siguieron las proclamas y los sermones incendiarios que, sobreexcitando más y más los ánimos, produjeron el alzamiento de las turbas y la persecución contra los católicos y el saqueo de los templos allí donde aquellas dominaban, sin que fueran parte á reprimir tales desmanes ni á apaciguar á los exaltados, la prudencia de la Gobernadora, ni el perdón general otorgado por el Rey á instancia de ésta, *protestando secretamente ante un notario de que no obraba libre y espontáneamente*, y escribiendo al propio tiempo á Roma que estaba resuelto á obrar con el mayor rigor y á perder Flandes y todos sus demas Estados ántes que consentir en tener súbditos herejes. Parecía, como dice un distinguido historiador, que Felipe II, á quien llaman el Prudente, se había propuesto irritar á los flamencos á fin de tener un pretexto para oprimirlos, provocar á los herejes para exterminarlos, exacerbar los espíritus y excitar la rebelión para ahogarla en sangre.

Desoía toda clase de consejos templados y cuerdos; negábase, si no de palabra, de hecho á marchar á Flandes cuando con sola su presencia hubiera pacificado el país, é insistía una y otra vez en la aplicación de terribles castigos, los amotinados y á los herejes.

Dominó casi milagrosamente la primera insurrección de los flamencos, con su energía y su prudencia, la princesa Margarita, y correspondió á esto el Monarca, poniéndola en el caso de renunciar al gobierno; con la ida del duque de Alba contra la opinión, no sólo de todos aquéllos, sino de una gran parte de los españoles.

Desde que el duque de Alba quedó de gobernador de Flandes ya no se pronunciaba la palabra clemencia. *El día de la Ceniza se han preso cerca de quinientos... á todos éstos he mandado justiciar... Para después de Pascua tengo que pasará de ochocientas cabezas...* Tales eran sus partes al Monarca.

Agotado el sufrimiento de los pueblos con el suplicio inicuo de los condes de Egmont y Horn, lánzase de nuevo á la pelea; la fortuna no les es propicia; huye el de Orange que invadió el Brabante con un ejército alemán, y ebrio de orgullo el de Alba, con la erección de su estatua en el castillo de Amberes, con el oneroso impuesto de la décima, la vigésima y la centésima sobre las rentas de los bienes muebles é inmuebles, provoca una nueva rebelión, de la cual son hechos capitales el sitio y toma de Harlen por los

españoles y el motín de los tercios que impidió aprovechar el fruto de la victoria.

Todas las disposiciones tomadas por el duque de Alba, todos aquellos tributos, todas aquellas exacciones, todos aquellos castigos, daban un efecto contraproducente.

Los flamencos consideraban todos los actos del duque de Alba como otros tantos rasgos de una soberbia y provocativa presunción; y en Madrid, los enemigos que tenía aquél, le daban la culpa del mal estado de la guerra, censurando altamente su ridícula vanidad.

Pero Felipe encontraba en el gobernador de Flandes el brazo que necesitaba para la ejecución de sus terribles venganzas, y con más placer y mayor fruición leía aquellas cartas en que el Duque le decía frases como las que anteriormente hemos citado, que había leído las de la princesa Margarita recomendándole la prudencia, el perdón y la generosidad.

Todo el mundo había previsto los males que la presencia del duque de Alba en Flandes iba á ocasionar, ménos el Rey, á quien precisamente por su misma dureza de carácter, por su pasiva obediencia á las órdenes que recibía y por su inflexibilidad agradaba.

Los resultados correspondieron á lo que unos y otros habían esperado. La insurrección cundió, la guerra tomó proporciones más alarmantes, pero en cambio también los castigos fueron mucho más terribles.

El emperador de Alemania manifestaba al rey de España que amenguara su enojo respecto á los rebeldes flamencos; decía también al duque de Alba que procurase borrar de sus actos aquel sello de cruel ferocidad que les imprimía, añadiendo á entrambos que de persistir en aquel sistema, se vería obligado á unirse á los príncipes alemanes.

Pero ¿cómo se tuvieron en cuenta las prudentes exhortaciones, ni las amenazas de un adversario tan temible como era el emperador de Alemania?

Nada de eso; el duque de Alba continuó el sistema de terror que era la base de su plan de gobierno, y Felipe II, excitándole sin cesar á que prosiguiera por aquel camino.

Comprendemos muy bien que si esto hubiera dado un resultado favorable, por más que no seamos partidarios de la sangre y del exterminio, habríamos de confesar, á fuer de imparciales, que por más que nos dolieran los medios, éstos quedaban justificados por el mismo fin beneficioso que con ellos se había conseguido; mas precisamente, según hemos tenido ocasión de ver en el cuerpo de nuestra obra, la crueldad, la dureza y todas las terribles medidas empleadas por el duque de Alba no producían más que la muerte de aquel sinnúmero de soldados españoles, brazos arrebatados al país, riquezas de que se privaba la nación, que tan exhausta de ellas se hallaba, y prolongar una lucha de una manera indefinida, encendiendo los odios, haciendo imposible toda avenencia y creándose complicaciones con otros pueblos, según vimos en el lugar correspondiente.

Impone el duque de Alba, sobre los impuestos que estaban abonándose ya, uno nuevo en Bruselas, y porque los menestrales, á quienes se gravaba con él de un modo extraordinario, cierran sus tiendas á fin de librarse de aquella pérdida á que les obligara la disposición del gobernador, éste hace que sean ahorcados á las puertas de las mismas tiendas varios de aquéllos para que sirviesen de escarmiento á los demas.

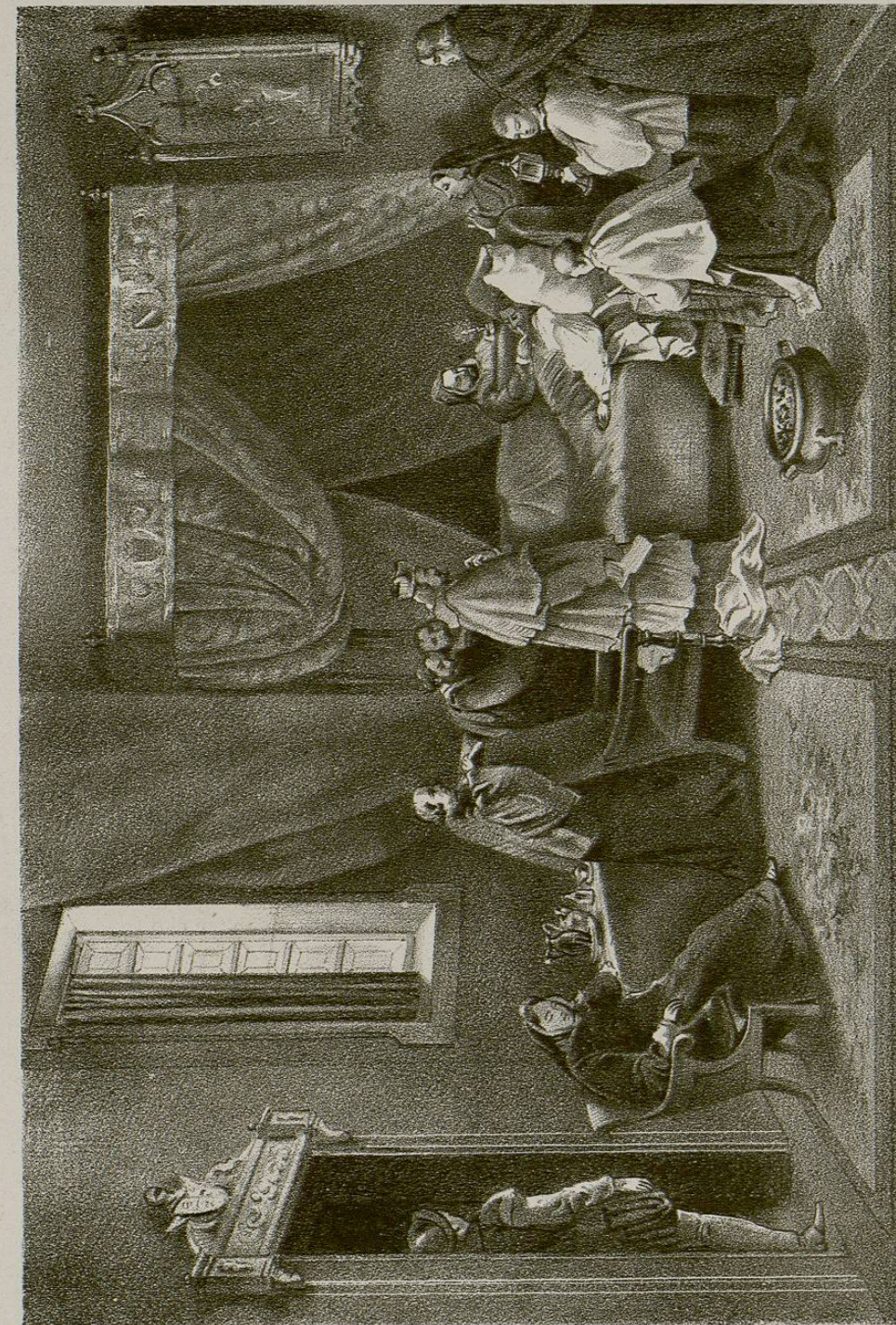
¿Era posible que un proceder semejante diera buenos resultados? Por el momento inspiraría terror, pero en cambio engendraba el odio, dejaba arraigada la antipatía, y no era posible que pueblos así vejados y maltratados de tal modo pudieran soportar pacíficamente el dominio de los españoles.

Los embajadores de España, las mismas personas que se encontraban en el teatro de los sucesos y que, por lo tanto, tenían motivos suficientes para poder juzgar con mayor conocimiento de causa, manifestaron en varias ocasiones al Rey todo el peligro que iba envuelto en la conducta seguida por el duque de Alba, puesto que nada hay más terrible en un pueblo que la desesperación; mas no era el rey de España de los que cedían fácilmente á las sugestiones y á los consejos ajenos, y sin hacer caso de ellos, dió lugar á los alzamientos de las provincias marítimas de Holanda y Zelanda, protegidas por Francia é Inglaterra.

Estos fueron precisamente los momentos que Felipe, con aquel tacto que parece distinguir la mayoría de sus actos, eligió para acceder más que á las prudentes exhortaciones y á las razones de buena política que le exponían sus verdaderos amigos, á los deseos del Duque.

Acababa de reprimir la indisciplina del ejército y se disponía á emprender el Duque nuevas operaciones, cuando recibe el permiso que había solicitado para retirarse á España: «De modo que Felipe II, cuya prudencia algunos han ensalzado tanto, envió al Duque de Alba á Flandes cuando su presencia no era necesaria y había de irritar á los flamencos, y le retiró en medio de una guerra abierta y cuando su sistema de campaña iba dando algunos resultados (1).»

(1) Lafuente, *Historia de España*, p. III, lib. II.



MUERTE DE D. JUAN DE AUSTRIA.

CAPITULO CLXX.

El comendador de Requesens en Flandes.—D. Juan de Austria.—Alejandro Farnesio.—Conducta de Felipe con ellos.

Don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, lugarteniente de D. Juan de Austria, probado por su valor y su prudencia, tanto en las campañas terrestres como en los combates marítimos, fué el encargado de suceder al duque de Alba, y por cierto que la elección fué acertada, pero ya era tardía, puesto que el mal estaba muy adelantado.

Antes del duque de Alba podía haber conseguido Requesens la pacificación de aquellos Estados, pero después que los odios y la sangre habían abierto un abismo tan profundo entre flamencos y españoles, imposible había de serle al Comendador obtener un resultado beneficioso.

Haciendo derribar la estatua que en su soberbia se hiciera erigir el duque su antecesor en Amberes, captóse las simpatías y la benevolencia de los naturales, y con su famosa campaña de Zelanda demostró lo que pueden la energía y la resolución, siendo éste uno de los episodios más notables de aquella guerra tan dilatada como trabajosa.

No fué muy afortunado el nuevo gobernador en sus empresas, pero también debemos confesar que no era posible sacar gran partido de ellas teniendo que atender á cada momento á los motines y sublevaciones de sus propios soldados que, á pesar de estar derramando su sangre y jugando sus vidas, se veían desatendidos, desnutridos, careciendo de todo y á los cuales no se pagaba ó, si se hacía, era muy tarde.

En buena disciplina militar esto es culpable, mas ¿no tenían excusa los que diariamente arriesgaban su existencia y se veían en el mayor abandono por parte de aquel mismo Monarca por quien estaban batiéndose?

Falta grave era la que cometían los soldados, pero falta muy grave también era la de Felipe al emprender guerras sin contar con los recursos necesarios para sostenerlas, máxime teniendo que contar en sus ejércitos con tan gran número de soldados extranjeros asalariados.

A la muerte de Requesens, ocurrida en 1576, el Pontífice y la opinión pública estaban designando para el cargo de gobernador de Flandes á D. Juan de Austria, al ilustre vencedor de las Alpujarras y de Lepanto, al que había heredado de Carlos V el belicoso ardor y entusiasmo; pero Felipe, no queriendo sin duda que cñieran la frente de su hermano nuevos laureles, cometió otra imprudencia, que de ellas está plagada la vida de este Monarca, y confió el gobierno al Consejo de los Estados, que fué lo mismo que entregarle en manos de los rebeldes, pues entre los individuos de él había muchos amigos del príncipe de Orange, mal avenidos, como era consiguiente, con la dominación española, y consecuencia de esto fué, en un momento determinado, la prisión de todos los que eran partidarios de Felipe.

Triunfante el elemento orangista, fácil es de presumir lo que sucedería; convocáense los Estados generales, armáense los pueblos, proscribese todo cuanto fuera español, pidíense socorros á Inglaterra, Alemania y Francia, y los restos de nuestro ejército vense obligados á refugiarse en la fortaleza de Amberes, sosteniendo diarios combates con sus contrarios que, á todo trance y aprovechándose de su debilidad, sólo trataban de deshacerse de ellos.

De las diez y siete provincias que componían los Países Bajos, por aquella absurda tenacidad del Monarca, perdiéronse quince en un momento, permaneciendo solamente dos fieles al Monarca español.

Entonces, y tarde como siempre, comprende éste que debe enviar á su hermano á Flandes, pero ya la insurrección habíase crecido de un modo extraordinario, los rebeldes contaban con recursos y auxilios poderosos tanto propios como ajenos, y en otro lugar hemos visto lo rehacio que el Rey se mostraba para enviar los elementos que D. Juan necesitaba.

La carencia de medios obligó á transigir con los rebeldes, y el día en que en virtud de uno de los capítulos del pacto de Gante, hubieron de salir de Flandes aquellos valientes tercios españoles que por espacio de doce años habían estado regando con su sangre aquel territorio, á la par que de ira, lloraban de coraje aquellos viejos soldados, el Príncipe debía pensar en lo aislado que se iba á encontrar en medio de un país que le era completamente hostil, rodeado de enemigos encarnizados, espionado incesantemente, sin amparo y á merced del de Orange, de quien no había que esperar mucha lealtad.

Y si así sospechó, bien hizo, que harto presto hubo de retirarse á Namur, como dijimos en otro lugar, muy feliz con haber podido salvar la vida.

Entonces volvió á llamar á su lado á aquellos viejos tercios que fueron á Italia; entonces recibió con ellos á su sobrino Alejandro Farnesio, notable figura de este reinado, y D. Juan, á la par que tiene que luchar con los flamencos, que sin cesar le acosan, vese obligado á rechazar las calumnias con que trataban sus émulos de malquistarle con su hermano, que por cierto necesitaba poco para darles crédito.

Formidable aspecto ofrecía el campo enemigo, donde el arquiduque Matías representaba los auxilios de Alemania y el duque de

Alençon los de Francia; mas el que había humillado el poder de los turcos no se intimidó por ello; á todo hace frente, y cuando estaba próximo á recoger el fruto de sus esfuerzos y de su valor, la orden de Felipe para que negociase la paz á todo trance, llenándole de indignación, va á aumentar los graves disgustos que ya pesaban sobre él.

Las proposiciones hechas por los rebeldes lógico era que fuesen exageradas, y natural era también que irritase al Príncipe el que le hubieran puesto en el caso de escucharlas; así fué que se quejó á su hermano con dureza por la situación inconveniente y por el grave y hasta bochornoso compromiso en que con su torcida política le había colocado.

Pero esta fué ya la última muestra que de su energía dió el desgraciado bastardo de Carlos V. Había servido siempre con lealtad á su hermano; en cuantas empresas se encontró alcanzó gloria y fama; el combate de Lepanto inmortalizó una página en la historia de aquel reinado, y sin embargo de eso, Felipe, sin tener nada de esto en consideración, avaro en conceder recompensas á quien tan bien le servía, ni aún quiso acceder á darle el título de infante que tanto ambicionaba.

Siempre receloso, siempre suspicaz respecto á su hermano, fué hirándole Felipe profundamente en el corazón, hasta que llegó un día en que aquel guerrero invencible en el combate, afligido por el asesinato de su secretario Escobedo, afectado profundamente por la conducta que con él seguía su hermano, y por las pocas muestras de afecto que le daba, recelando siempre de los asesinos que le acechaban y de los calumniadores que junto al trono de Felipe se ocultaban, doblegóse ante el infortunio, y en la flor de su edad, en 1578, falleció en los Países Bajos, no sin sospechas de que alguna mano traidora acelerase su muerte, como confiesan la mayor parte de los historiadores.

Y por cierto que parecía aquel terreno destinado á concluir con la existencia de los que mayores beneficios hubieran podido producir, y de los que eran verdaderas y más legítimas glorias de la patria.

Allí hemos visto morir al comendador D. Luis de Requesens, acabamos de ver espirar á D. Juan de Austria, y antes de que termine aquella tan desastrosa guerra, veremos sucumbir al joven Alejandro Farnesio, digno sucesor de su tío y digno heredero de sus virtudes y de su valor.

«Hasta las flaquezas de hombre del emperador Carlos, dice Lafuente, se habían convertido en fuentes de provechosisima herencia para su hijo Felipe,» y efectivamente, todo lo que la descendencia legítima sintetizada en Felipe tenía de cruel, reservado irrisoluto, suspicaz, desconfiado y astuto, en la descendencia ilegítima parecían haberse concentrado todas las nobles cualidades y todas las glorias de su padre.

Y para hacer más notable todavía el contraste, mientras Felipe ofendió en distintas ocasiones á sus hermanos bastardos, fueron éstos precisamente los más firmes sostenedores de su trono en cuantas ocasiones les utilizó.

La princesa Margarita de Austria, duquesa de Parma, fué la gobernadora de los Países Bajos más prudente y más digna, habiendo sido suficiente como lo fué en tiempo de su padre, para gobernar y sostener aquellos Estados.

Las medidas de Felipe produjeron la primera irritación, y cuando aquella tan discreta como virtuosa Princesa había procurado coonestar el mal efecto producido por desatentadas medidas, el desagrado de su hermano, los inmerecidos desaires de que la hizo víctima, obligándola á abandonar el gobierno, dejaron abierto el campo á la rebelión.

Digno hijo de tal madre era Alejandro Farnesio, y lo mismo que ella y que su tío D. Juan, hubo de sufrir las recriminaciones, los desaires, las faltas de consideración y de afecto, y las veleidades, por decirlo así, de Felipe.

Con la conquista de Maestricht, demostró Alejandro su inteligencia y su pericia militar, y consiguiendo que las provincias walongas volvieran á la obediencia del rey de España, aprovechándose diestramente de la disidencia que entre los confederados reinaba, probó su excelente tacto político.

Precisamente en estos momentos otra desacertada medida de Felipe fué á poner en grave riesgo los adelantos obtenidos, debiéndose esto quizás á que los rebeldes á la vez habían cometido otra falta no menos grave también.

La división del gobierno de los Países Bajos entre Alejandro Farnesio y su madre, dividiendo á éstos entre sí, produjo una falta de armonía en la marcha de los asuntos del país que obligó á entrambos á pedir al Rey les relevase de sus cargos, quedándose finalmente Alejandro, previa la súplica de Felipe y la separación de su madre.

Los rebeldes, á su vez, separándose por completo de la obediencia del rey de España, y confiando la soberanía al duque de Alençon, nada consiguieron más que crearse un tirano en vez de un protector, tirano que tuvo que huir finalmente, acosado por los mismos que le dieron la soberanía y perseguido por Alejandro Farnesio.



EL DUQUE DE MEDINASTONIA.